

# La Herejía de los Dioses

*La historia siempre se escribe dos veces, la primera vez por los vencedores y a veces por los vencidos.*

*La política es el arte de la mentira y el engaño.*

*Nicolás Maquiavelo.*

*Dedicado a la Virgen de la Caridad del Cobre, como siempre, una luz en el camino.*

*A G de Vegas, Lucy Boom y Carmen, las chicas sentimiento que nunca me han abandonado. Agradezco en particular a G de Vegas cuyo nombre en realidad es Gema, por su dedicación exhaustiva y las múltiples correcciones que hizo del texto en un período de tiempo brevísimo. Sobre ella debe recaer el mérito de la corrección.*

*A Lucía por sus sabias observaciones. Sin su colaboración desinteresada este libro sería diferente.*

*A Yasser Iturria y Miguel Iturria, dos compañeros que se subieron al barco en el último momento, pero cuyo aporte ha sido decisivo. Al igual que el del ilustre Leopoldo Fornés, un hombre sabio y noble que no ha tenido reparos en compartir conmigo tanto sus conocimientos sobre historia, que son muchos, como su agenda de contactos.*

*A los que han ofrecido su colaboración para que esta obra salga adelante. Jorge, Teresa, y muchos más que no menciono porque la lista sería extremadamente larga.*

*Por último, al equipo de amigos que leyó la obra una y otra vez hasta la saciedad. A todos y cada uno de ellos les doy las gracias de corazón. Estoy en deuda con ustedes.*

## Exculpación

*Ninguno de mis familiares radicados en Cuba ha tenido que ver con la realización de esta obra. Tampoco he consultado a ninguna fuente radicada en la isla. La idea de este trabajo ha sido concebida en su totalidad por mi persona.*

*No he sido financiado por ninguna organización, política o de otro tipo, mucho menos por Estados Unidos, o España. Estas son dos ideas peregrinas risibles y de mal gusto. La única financiación que he recibido es la que he sido capaz de ganar tras arduas jornadas de trabajo, que en ocasiones, han excedido las doce horas.*

*La única intención que persigo con este trabajo es mostrar una visión, mi visión, sobre la historia de Cuba de los últimos setenta u ochenta años.*

*Es posible que esta novela suscite duras críticas por parte de mis coterráneos. Incluso, habrá personas que quieran señalar un culpable. Si ese culpable existe, por fuerza he de ser yo.*

## 638 formas de matar a Fidel Castro

En el año 2007, la CIA desclasificó unas 700 páginas de documentos relativos al periodo comprendido entre 1953 y 1973 con información sobre intentos de asesinato al líder cubano. Según informó *The Washington Post*, incluían datos de "al menos 8 intentos de asesinato de Castro entre 1960 y 1965". Sin embargo, las autoridades cubanas hablan de cifras mucho más altas: más de 600 operaciones, conspiraciones fallidas o magnicidios abortados.

Extraído de El País. 28 Nov 2016.

*El poder como único fin, como el origen y el final de todas las cosas. El poder como estilo de vida, como faro y guía de los hombres dispuestos a doblegar a los demás, ya sea a través del engaño o de la fuerza, pero siempre con la intención de dominar.*



## **La Habana, 1952**

El diez de marzo de 1952, el general Fulgencio Batista, a dos meses de las elecciones presidenciales y ante la perspectiva de su derrota, encabezó una asonada militar que dio al traste con las pretensiones electorales de los partidos democráticos.

Se instauró en el país una dictadura militar. Los derechos constitucionales fueron suspendidos y la isla entera fue sacudida por la conmoción y la ira.

Cientos de jóvenes universitarios comenzaron a conspirar para recuperar la libertad. Cincuenta y cuatro años antes, en mil ochocientos noventa y ocho, la victoria de las tropas insurrectas cubanas, en lucha contra el ejército español, había sido escamoteada a los cubanos por la alta diplomacia norteamericana.

Los sueños de libertad y democracia, largamente acariciados, volvían a convertirse en polvo y ceniza. Ante la perspectiva de un gobierno corrupto y dictatorial, comenzó una lucha en la que participaron varios grupos de jóvenes disidentes cuyo núcleo radicaba en la Universidad de la Habana.

Este libro recoge la historia novelada de estos grupos de poder y de cómo uno de sus líderes más elocuentes y prometedores, se convirtió en una figura inquietante y controvertida.

## **Cronología**

*10 de marzo de 1952.* Golpe de estado encabezado por Batista

*26 de julio de 1953.* Fracaso del asalto al Cuartel de Moncada, en Santiago de Cuba, encabezado por Fidel Castro, a través de su organización denominada Movimiento 26 de Julio (M-26-7).

*15 de junio – 15 de noviembre 1955.* Frank País negocia con Fidel la incorporación de su movimiento llamado Acción Nacional Revolucionaria (ANR), a la organización creada por Fidel Castro M-26-7.

*25 de noviembre de 1956.* Fidel sale de Tuxpan Méjico a bordo del yate Granma. El total de expedicionarios asciende a la cifra de 82.

*30 de noviembre de 1956.* Alzamiento en Santiago de Cuba del M-26-7 en apoyo al desembarco del yate Granma encabezado por Frank País.

*2 de diciembre de 1956.* Desembarco del yate Granma a dos kilómetros de la playa Las Coloradas.

*5 de diciembre de 1956.* Alegría de Pio. Bautismo de fuego del grupo de Fidel. M-26-7

*16 de enero de 1957.* La guerrilla de Fidel Castro realiza su primera acción militar.

Toma por asalto el pequeño destacamento militar de La Plata.

*24 de febrero de 1957.* Herbert Matthews, del diario New York Times, entrevista a Fidel Castro en la Sierra Maestra.

*13 de marzo de 1957.* El Directorio Revolucionario ataca el Palacio Presidencial. Muere en la acción su líder, José Antonio Echevarría.

*12 de julio de 1957.* Fidel Castro, Raúl Chibás y Felipe Pazos firman el Manifiesto de Sierra Maestra.

*5 de septiembre de 1957.* Se subleva la base naval de Cienfuegos. Cuenta con el apoyo del Partido Auténtico y del M-26-7.

### **Año 1958**

*6 de mayo de 1958.* Las tropas de Batista inician una ofensiva en la Sierra Maestra para destruir la guerrilla de Fidel Castro.

*7 de agosto de 1958.* Fracasa la ofensiva de Batista. El dictador ordena la retirada de las tropas.

*31 de agosto de 1958.* Fidel inicia la invasión hacia occidente. Los comandantes Che Guevara y Camilo Cienfuegos parten a pie hacia el occidente cubano con el objeto de expandir la guerra. En concreto, la guerrilla del Che se establece en la zona montañosa del Escambray. Se coordinan acciones con otras fuerzas guerrillas activas en la región como el Directorio Revolucionario. El Partido Socialista Popular (Comunista) organiza el apoyo logístico.

*3 de noviembre de 1958.* Tienen lugar en el país unas elecciones presidenciales amañadas. Las fuerzas políticas no le conceden legitimidad.

*4 de diciembre de 1958.* Bajo las órdenes de sus comandantes, las tropas de Che Guevara y Camilo Cienfuegos atacan los regimientos de la zona central de la isla.

*28 de diciembre.* El Che Guevara inicia un ataque decisivo contra la ciudad de Santa Clara.

*1 de enero de 1959.* Batista cede el poder a una junta militar y abandona Cuba.

*8 de enero de 1959.* Fidel Castro entra en La Habana. Forma un Gobierno en el que ocupa la Jefatura de las Fuerzas Armadas.

**Nota aclaratoria**

En esta novela se reflejan principalmente los tres grupos organizados que luchaban contra la dictadura de Batista. El primero de ellos y el que se considera más importante es el movimiento 26 de julio (M-26-7) cuyo líder era Fidel Castro. Este grupo se fusiona con Acción Nacional Revolucionaria, dirigido por Frank País.

Por último, hacemos referencia al Directorio Revolucionario. A principios de 1958 un grupo notable de integrantes del Directorio Revolucionario crea su propia guerrilla en la Sierra del Escambray. Debido a diferencias internas, el grupo original del Directorio Revolucionario, una vez que está en la Sierra del Escambray se divide a su vez en dos ramas que se convierten en antagónicas.

## Tony

Tony Fenton pensaba, al igual que su abuelo paterno, que ser hombre era un regalo del cielo. El viejo lo había criado a la vieja usanza y eso significaba padecer bajo el sol, levantarse a las tres de la mañana y azotar, de vez en cuando, a algún que otro negro con demasiado orgullo. –Hasta que pierda aceite por el culo. –Solía repetir el viejo una y otra vez, cuando los más jóvenes le preguntaban.

Ante sus respuestas los demás echaban a reír. El bar entero estaba pendiente de sus palabras. Se podía escuchar el zumbido de una mosca a media legua de distancia. En realidad, el bar entero se convertía en una especie de teatro local, o al menos, a él se lo parecía. La gente bebía de lo lindo, el orgullo nacional se consolidaba y la juventud aprendía.

–Nada tan bueno como oír al viejo hablar. América necesita más hombres como él. – Decía la gente. Como es lógico, el viejo tenía su propio código de conducta que incluía un largo rosario sobre lo que era un verdadero hombre. De todos los mandamientos, el primero era especialmente revelador.

–Nadie puede considerarse hombre hasta el día en que mira a los ojos de la muerte.– Estas eran, con diferencia, sus palabras favoritas. Resumían el valor y la fuerza de una época, la dignidad de los fundadores de la nación. Un aspecto que lo había acompañado desde siempre.

Él mismo pertenecía a esa clase de hombres. Era algo de lo que estaba orgulloso. Quizá por eso quedó estupefacto cuando aquella madrugada, un grupo de jóvenes armados entró en el hotel Riviera, porque tenía un deber moral consigo mismo cuya premisa se basaba en aceptar los retos y resolverlos, fueran estos del calibre que fueran.

Había tenido suerte con el primer disparo, pero ahora ya no estaba tan seguro de que se fuera a librar de la muerte. En vez de correr presa del pánico, como el resto, seguía allí, clavado en su sitio, incapaz de moverse. Observaba con detenimiento la extraña situación en la que el destino lo había puesto.

Tanto los hombres como las mujeres gritaban. Algunos se aprovecharon de la confusión para robar fichas. Otros, escaparon a toda prisa y sin mirar atrás. En esta situación se encontraban hombres respetables del mundo de los negocios, abogados y banqueros que no dudaron, ni un segundo, en abandonar a sus esposas y escabullirse como ratas, lo importante era salvar la vida a cualquier precio.

Esto último tuvo lugar cuando se escucharon los primeros disparos. Solo entonces se percató de que algo iba mal, pero no mal como: vaya, hay algo que no funciona, sino jodidamente mal; tan mal que la gente se pisaba entre sí por salir de aquel salón, tan mal que los cobardes, y eso significaba el noventa y nueve por ciento de los presentes, en su huida, atropellaban al resto en un esfuerzo desesperado por librarse de las balas.

Jamás habría pensado que la noche iba a terminar así. Todo iba genial para él. Había ganado suficiente dinero como para vivir unos meses en paz y entonces, de repente, la sala del casino de uno de los hoteles más prestigiosos de la Habana se convirtió en un escenario de guerra.

No lo comprendía. Los asaltantes disparaban a mansalva. Varios guardias de seguridad, y algún que otro visitante armado, se enfrascaron en una pelea a muerte. Los atacantes lucían en el brazo izquierdo un brazalete rojo y negro que los identificaba como integrantes del movimiento veintiséis de julio. Eran jóvenes y temerarios.

Uno de ellos hacía gala de una sangre fría envidiable. Al parecer, disfrutaba con el desorden. Destruía cuanto se pusiera a mano, las sillas de ébano revestidas de cuero

repujado en el asiento, con incrustaciones de nácar en la pátera y el respaldo; las mesas de caoba pulida y las copas de baccarat corrían a estrellarse contra el suelo, cuando no eran arrojadas, con violencia, contra los espejos cuyas molduras imitaban el oro.

El dinero caía al suelo y una buena parte se agitaba en el aire, mientras los *crupiers*, a gatas, trataban de escapar. Tony no lo pensó dos veces, debía marcharse a toda prisa. Sin embargo, cuando se decidió, era demasiado tarde. Ante él, uno de los asaltantes apuntaba el cañón de su arma al abdomen. Decía algo en un inglés ininteligible.

Fue una reacción instintiva. Rápido como el viento empujó a su adversario. La primera bala perforó el riñón izquierdo y lo hizo caer de rodillas. La segunda, tras destrozar el hueso hioides, también acabó con su vida. Unos minutos más tarde el tiroteo había terminado. La mayoría de los guardias del casino estaban heridos o huían. En la calle, el pueblo se manifestaba. Uno de los asaltantes fue en auxilio del compañero derribado.

—Alberto, ¿estás bien? —El otro rechazó la mano que le tendían.

—¡Apártate! —Dijo antes de levantarse como pudo. En la calle empezaban a crecer los gritos, como si una marea negra, contenida durante mucho tiempo por los muros del malecón Habanero, hubiera derribado las barreras y corriera a vengarse por las calles convertida en un río de furia. Daba la impresión de que cientos de personas, enfadadas, se habían congregado fuera del hotel para destrozar la ciudad a gritos.

Lo primero que hizo cuando logró incorporarse fue sacudir el polvo del pantalón. Luego, se acercó a Tony. Lo estuvo contemplando unos instantes. Era un espectáculo penoso. El joven se ahogaba en su propia sangre. El gesto de horror en los ojos de la víctima; la sangre a borbotones que escapa del cuerpo. Cuando su vida estaba a punto de apagarse le susurró al oído.

—Te dije que esto era una revolución.



**Washington D. C. Distrito de Columbia**

1 de enero de 1959

El sonido del teléfono lo despertó en plena madrugada. Estaba demasiado cansado como para levantarse. Estiró la mano, y a tientas, trató de descolgarlo. Así pasaron unos instantes. Su esposa Florence se despertó.

—Al, ¿por qué no contestas de una vez? ¡Por Dios, los demás queremos dormir!

—¡Eh!, lo siento cielo. Solo trataba de ganar tiempo. Llevamos unos días imposibles.

—Levántate, por favor, y atiende la llamada, debe ser importante.

—¡Oh!, sí, claro. —No dijo nada más. Prefirió obedecer en silencio. Se encontraba visiblemente contrariado. En los últimos días había dormido apenas tres o cuatro horas, cada noche en destinos diferentes. Hoy se encontraba exhausto.

—¿Diga? —Descolgó el auricular.

—¿El señor Allan?

—Sí, soy yo. —Necesitaba dormir, solo eso, dormir unas horas. Se conformaba con un par de horas.

—El senador Wright desea hablar con usted. Se pondrá al habla de inmediato. —Durante unos segundos se interrumpió la comunicación con interferencias. Luego, escuchó el saludo de su viejo amigo. Si lo habían despertado, a estas horas, debía ser un asunto importante. Aunque, para ser sinceros, poco importaba lo que tuvieran que decirle. No tenía pensado levantarse de aquella cama hasta dentro de seis o siete horas, eso por lo menos.

—¿Dulles, eres tú Dulles?

–Hola Wright, ¿qué ocurre? –Su interlocutor no dijo nada. La comunicación se entrecortaba.

–¿Dulles, Dulles?...

–Estoy aquí Wright. –El otro no lo escuchaba. Por fin se normalizó la comunicación.

–¿Ahora me oyes?

–Seguro que sí. –La frase de Allen fue interrumpida por un bostezo. Wright todavía lo pensó unos instantes antes de soltar la noticia. Cuando lo hizo se quedó aliviado, todo lo contrario de Dulles.

–Han matado a Tony Fenton.

–¿Qué dices? –Wright guardó silencio.

–¡Que han matado a Tony Felton! –El otro se esforzó porque lo escuchara. Dulles no sabía dónde se encontraba. Debía ser una zona de guerra o sabe Dios desde que sitio llamaba. El viento rugía de un modo espantoso, o al menos, a él le parecía eso.

–¡Qué han matado a Tony!, ¿nuestro Tony? –Florence lo interrumpió.

–Por favor cariño, por qué no vas al teléfono del salón.

–¡Ah!, lo siento cielo. Es solo que... –Allen se dio la vuelta. Su mujer se había vuelto a quedar dormida. Wright seguía al habla.

–Hola, ¿estás ahí?

–Un momento Wright, iré al salón. Desde ahí podremos hablar.

–¡Date prisa!, ¡date prisa!

Allen fue a la cocina tan rápido como pudo. Preparó una cafetera. Puso agua a hervir para hacer café. Se aseguró de cerrar la puerta y levantó el auricular. Había necesitado apenas siete minutos para despejarse y comprender la situación.

–¿Dices que Tony está muerto?

–Así es, recibí la información hace dos horas.

–¿Dónde lo mataron?

–En Cuba. –Dios mío, –pensó Allen–, acaba de comenzar–. No podía creerlo. Tony había sido uno de los hombres más eficientes bajo su mando en la operación Paperclip que dirigió en Alemania a partir de noviembre de 1945. Bajo su cargo ocurrieron hechos extraordinarios que más tarde encumbraron su carrera.

El país entero agradecía los servicios prestados desde entonces por considerarlos de máxima prioridad. Al margen de la importancia que esta operación tuvo para Norteamérica, pronto se dieron cuenta de que en Alemania existían no solo armas maravillosas que superaban en calidad y alcance a las de los norteamericanos y los rusos, si no que se rumoreaba sobre la posibilidad de un tercer elemento, un arma total sobre la que descansaba el poderío del Tercer Reich.

Tony trabajó día y noche para averiguar qué había de cierto y de falso en aquellos rumores. Los científicos nazis, ante la perspectiva de caer en manos de los rusos, afirmaban todo tipo de tonterías. Hubo que someterlos a rigurosos interrogatorios que duraban, en algunas ocasiones, días.

Gran parte de la información fue desechada. Se trataba únicamente de comentarios, chismes que transitaban entre los altos mandos nazis avalados solo por la palabra de una

docena de científicos, que deseaban, con fervor, ser trasladados a suelo norteamericano y escapar del terror ruso.

Fue en uno de estos interrogatorios que salió a relucir por primera vez el nombre de Shultman. Nadie había oído hablar de él. Hicieron una búsqueda minuciosa en los archivos en su poder, alertaron incluso a sus espías en la Alemania ocupada por los rusos, con vistas a rastrear este nombre, pero no encontraron nada. Entonces apareció ella y todo cambió.

Había sido una tarde calurosa. A pesar de estar en pleno otoño, el sol todavía alumbraba con suficiente fuerza. Los oficiales norteamericanos y gran parte de la población sobreviviente, aprovechaban los últimos domingos soleados de la estación para visitar las riveras del río Spree y escapar del tedio y el acecho de una ciudad destrozada por las bombas, y bajo la amenaza constante de los rusos.

Era uno de los pocos espacios en los que los hombres podían sentirse libres de la dura disciplina que imponía el ejército norteamericano. Un gran número de chicas se unían a los militares en aquellos días. Disfrutaban no solo de su compañía, sino que también eran dadas a confraternizar con aquellos hombres a los que odiaban; muchas veces ofrecían servicios sexuales, únicamente por comida y cigarrillos, y en los casos más extremos, por el mero placer de olvidarse de las vicisitudes de la guerra y de las estrecheces propias en las que, a diario, las obligaba a vivir la situación del país.

Tony la conoció allí. Bastaba verla una vez para no olvidarla. Al menos pasaron una o dos semanas hasta que se la presentaron. Tenía los dedos de las manos largos y los ojos despiertos. Quizá era demasiado alta para ser mujer, pero llevaba con dignidad este detalle. Su tamaño, lejos de utilizarlo para intimidar a los hombres feos e inseguros de sí mismos, que en sus países no hubieran tenido la oportunidad de acercarse a una mujer

como aquella, lo convertía en un arma de seducción que explotaba con gran éxito entre la tropa.

Todos hablaban de Madame Blanche con lujuria y devoción. Reía y hacía bromas como cualquiera de ellos. Se expresaba en inglés con soltura. Cuando los hombres hablaban hacía silencio y jamás, por muy torpes que fueran sus acompañantes, los ponía en ridículo aunque sus criterios rayaran en el absurdo.

Tony, como muchos, se sintió atraído casi de inmediato por ella. La suya era una especie de atracción física que no lograba comprender. Cada domingo la joven se mezclaba con la tropa. Y pese a que otras mujeres también hacían acto de presencia, Madame Blanche era, con diferencia, la más interesante. Parecía tener una respuesta para cada pregunta y, por si no bastara, era capaz de despertar la risa de la gente.

En más de una ocasión trató de ignorarla, pero sus intentos fueron en vano. Cuando se apartaba de la tropa para pensar en las cuestiones militares pendientes, las risas de ella lo perseguían allá donde fuese, lo que irremediable, lo ponía de mal humor.

Por fin se decidió a pagar por sus servicios. Prácticamente ya no hacían excursiones al río. El otoño dejaba paso al invierno. El hambre mordía con fuerza en los estómagos de los alemanes que trataban de sobrevivir entre las ruinas, el desastre bélico y la vergüenza de la derrota.

Se encargó de concertar el encuentro a través de una señora mayor en cuya casa estaba hospedado. La mujer lo comprendió enseguida. Hizo cuanto se esperaba de ella sin preguntas. Un día, puso un trozo de papel en su mano.

—Será este domingo. Debe ir a esta dirección. Ella lo estará esperando.

Ahora se encontraba frente al edificio semiderruido. Debían de ser más de las siete de la tarde. El sol se había ocultado. El viento era frío y parecía correr de un lado a otro, como si persiguiera un enemigo invisible.

El interior del edificio no difería en mucho del resto de construcciones de Berlín. Los escombros, acumulados por doquier, las grietas en las paredes y los rastros de sangre seca, se convertían en parte del paisaje cotidiano.

En el primer piso vivía una pareja de ancianos. Los oyó discutir. La mujer abrió la puerta en ese momento. Él estaba ahí, detenido, como si el miedo le impidiera avanzar. Resultaba curioso. Después de tantos meses, después de tantos riesgos en los que se había jugado literalmente la vida y ahora se encontraba detenido ante una mujer, una simple mujer.

Pasaron unos instantes hasta que la señora reaccionó. Dijo unas palabras en su idioma. El marido acudió presuroso a la puerta y desde ahí, solícitos, lo vieron subir las escaleras en silencio.

—Bueno, llegó la hora. —Se dijo—. No me queda más remedio que entrar ahí y hacer lo que tengo que hacer—. La puerta se abrió en ese momento y apareció ella con un vestido azul ajustado en el talle que dejaba ver sus piernas.

—Pero..., ¿qué haces ahí parado? Anda pasa, te vas a resfriar. —Literalmente se vio empujado al interior del apartamento. Dentro hacía calor.

—¿Quieres beber algo? Tengo vino en la despensa. Menos mal que viniste, ya estaba empezando a cansarme. Hace un día horrible. ¿Puedes ayudarme con esto? —La chica puso unos pendientes en sus manos—. Llevo un rato intentando ponérmelos, pero es imposible. ¿Sabes lo que hay que hacer?

–Bueno... Yo...

–Pero, ¿qué te pasa? ¿Estás enfermo? Si estás enfermo ya puedes ir dando media vuelta, no tengo intención de contagiarme.

–No es eso. –Se apresuró a decir.

–¿Entonces qué es?

–¡Oh!, nada. Es solo que, bueno... No estoy acostumbrado.

–¿Vas a ayudarme con los pendientes?

–¡Oh!, sí, claro. –Madame Blanche se dobló un poco.

–Tienes que hacer girar la tuerca en el eje. –Tony no dijo nada–. Asegúrate de apretarlo bien. No quiero volver a perder otro par de pendientes. ¡Oh! Dios, casi lo olvidaba. Espera un momento. –Fue al interior de una habitación y regresó con una botella y dos copas. Descorchó la botella y le ofreció una copa.

–Brindemos.

–Bueno.

–Brindemos por la salud de Estados Unidos. –Se dieron un trago. El de ella fue largo.

–¿Qué te parece si ahora terminas de ponerme el pendiente?

–Claro, por supuesto.

–En otras circunstancias no hubiera aceptado la invitación de un caballero sin antes haberme llevado al menos a dos restaurantes. Porque, eres un caballero, ¿verdad?

–Sí. –La chica lo miró de forma inquisitiva.

–¿No eres de esos que van por ahí pidiendo cosas raras, ¿o sí? Odio a los cochinos. Se creen que pueden venir y disponer a su antojo y no es así. Lo sabes, ¿no? –Tony se dio un trago. Miraba sus manos y el talle. Debía tener veintidós o veintitrés años. El pelo caía sobre los hombros de una manera tan natural que sonrió.

–Pero, oye chico, ¿por qué te ríes? ¿Nunca has estado con una mujer?

–Desde luego que sí.

–Al menos tienes lengua. –Aprovechó para agarrarla por la cintura en ese momento y atraerla hacía sí. Quedaron los rostros juntos, muy cercas las bocas. El pulso de ella se había acelerado. Pasaron unos segundos en los que no hubo diálogo, tan solo el leve palpitar de los corazones y el deseo de querer.

–¿Y ahora qué? –Dijo ella mientras ofrecía resistencia. Tony la sujetaba con fuerza para evitar su huida. Entonces la besó. Al principio con timidez, como si tuviera miedo de echar a perder sus labios. Ni siquiera él era consciente de sus ganas de abrazarla. La chica al principio rechazó su lengua. Pero luego, ante su insistencia, convirtió su boca en un refugio cálido y amable.

Una hora más tarde seguían acostados en la cama. Estaban desnudos y él era feliz. Al menos todo lo feliz que podía ser un hombre bajo aquellas condiciones. Hizo cuanto estuvo a su alcance para satisfacerla y, al parecer, lo había conseguido. La joven, se mostraba cariñosa y tan cordial, que por unos instantes pensó que estaba en la casa de sus padres en Oregón, y que de un momento a otro, su madre tocaría a la puerta para invitarlos a cenar en la ciudad.

–¿En qué piensas? –Tony la miró con una sonrisa dibujada en el rostro.

–Nada, solo pensaba.



—¿A ti también te pasa?

—¿El qué?

—Aprovechar el vacío. Esos espacios en los que no queremos ser de nadie, solo de nosotros mismos y nos evadimos. Buscamos nuestro propio equilibrio en la soledad. —El chico la miró sorprendido.

—¿Eres filósofa?

—En lo absoluto. —Luego la chica agregó—. Tal vez sí, a veces... —Iba a agregar algo más, pero prefirió seguir en silencio.

—¿Olvidaste lo que ibas a decir?

—No. Que va. Creo que nos estamos poniendo demasiado filosóficos, ¿no? Cuéntame de ti.

—En realidad hay poco que contar.

—Por Dios, apenas nos conocemos. ¿Más vino? —Tony asintió.

—La verdad es que no tengo mucho que decir.

—A veces el hecho de no tener mucho que decir no significa que debas permanecer callado. También puede significar dolor o tristeza. Yo misma estuve un tiempo así, pero con el tiempo se pasa. El tiempo es sabio, se encarga de todo. Incluso de acabar con nosotros.

Se quedaron así el tiempo suficiente como para comprender que el encuentro había terminado. Sin embargo, la semana siguiente, Tony no pudo resistir ir a visitarla dos veces a mitad de semana y luego el domingo. Entonces ella le contó algo revelador.

—Oye Tony, sabes que he estado averiguando sobre lo que me contaste.

–¿Sobre qué?

–El asunto ese del tal Shultman.

–Anja. –Prestó atención.

–Hay un hombre mayor de apellido Vegner. Peleó en la guerra contra vosotros, pero fue herido casi desde el principio y está incapacitado. Es un vecino que conozco hace muchos años. A veces voy a hacerle favores. –La chica lo miró con determinación–. No ese tipo de favores, ¡por Dios!, ¿por quién me tomas? El caso es que ayer estuve en su casa y por casualidad salió a relucir ese nombre.

–¿Qué nombre?

–Shultman. –La joven hizo silencio–. He pensado que tal vez te interese saberlo.

–¿Te dijo algo?

–No, solo eso.

–¿Qué te dijo exactamente.

–Bueno, hablamos sobre alimentos. Se encarga de distribuir alimentos entre la gente que no puede valerse por sí misma. Mientras leía su lista lo oí mencionar el nombre de Shultman un par de veces. Supongo que fue un descuido.

–¿Te dijo algo más?

–No. Lo de siempre. Hablamos del tiempo y de lo caros que están los alimentos. Ni siquiera pagando el triple de su precio se consiguen patatas, y mucho menos queso o carne.

–¿Puedes llevarme a su casa?

–¿Cuándo?

–Ahora.

Se había levantado una borrasca desde las ocho y media de la tarde. Ahora eran cerca de las nueve. Blanche abría la marcha. Con paso decidido me guiaba a través de la ciudad en ruinas. Por doquiera se notaban los efectos del odio y la destrucción que habían caído del cielo.

A veces interrumpíamos el reposo de las ratas y estas corrían a esconderse acompañadas de chillidos. Un par de veces nos detuvieron los controles del ejército, pero bastaba con hablar con ellos para que nos abrieran paso.

Blanche me condujo hacia uno de los barrios más alejados y pobres de la ciudad. Las calles seguían obstruidas por las piedras, los trozos de casquetes y metralla. Los combates en esta zona debieron haber sido especialmente fuertes porque aún no habían llegado hasta aquí las brigadas de limpieza.

A lo lejos, se escuchó la sirena que avisaba del ataque de la aviación enemiga. En realidad ahora la utilizábamos para indicar a los soldados el inicio del toque de queda. Por la noche, las calles continuaban siendo un lugar peligroso. El país era un hervidero de espías rusos y nazis que buscaban desesperadamente la manera de escapar de la ratonera en la que se había convertido Berlín.

Media hora más tarde llegamos a un callejón sin salida.

–Es al final. –Indicó mi acompañante. Avanzamos con lentitud por entre los escombros. Un edificio, en ruinas, soportaba aún sobre su peso una planta de apartamentos. Algunos de ellos sin paredes y completamente destrozados.

–Es en el piso del ala norte. –Dijo Blanche. Subimos las escaleras con precaución. La puerta estaba cerrada. Tras tocar un par de veces decidí forzarla. Este era mi plan hasta

que escuche el sonido de una cacerola golpear contra el suelo. Entonces se precipitó la situación. De un tiro destruí la cerradura y entré en la vivienda.

## **El ángel**

**La Habana, Cuba 2016**

Durante la noche lo persiguió una tormenta de recuerdos que se despeñaban en cascadas, ante sus ojos, como si tuvieran vida propia y fueran ajenos a él. Nadie está exento de pecado, se dijo, nadie. Las manos sudorosas, el cuello endurecido de tanto caminar sobre el destino de los hombres...

Hizo un alto... Respiraba con dolor y tristeza. La noche anterior, aterrado, había visto un ángel por primera vez en su vida. La visión lo tomó por sorpresa. Al darse la vuelta para responder simplemente lo vio allí, a su lado. La reacción natural fue buscar la pistola y disparar a quemarropa. Eduardo, uno de sus guardaespaldas, lo observaba atónito.

Por primera vez en su vida se sentía desorientado y frágil, experimentó un miedo que superaba con creces cuanto había conocido. La ansiedad se convirtió en un ligero temblor que comenzó a recorrerlo, mientras la garganta, se convertía en un desierto.

No quería mirar. Necesitaba calmarse y volver a retomar el hilo de sus pensamientos, sin temores ni dudas. Hizo que el guardaespaldas se marchara. Necesitaba intimidad y sosiego, en medio de su soledad, no se atrevía a mirar el ángel. Siguió durante un buen rato sentado ante un documento.

En dos ocasiones su secretario personal lo interrumpió. Su respuesta era invariable, ante cada una de las interrupciones blandía su mano en actitud retadora, fuera de sí, como si estuviera poseído por una cohorte de demonios. Era suficiente para que se esfumara en el acto, sin que por ello disminuyera la tensión que lo cercaba, opresiva; lleno de remordimientos se volvió a mirarlo.

Nadie, mientras gobernara, sería capaz de constreñir sus acciones. Era un ser racional y libre, sujeto a reglas físicas perfectamente verificables y sin embargo, seguía allí, pero eso no fue todo, lo peor fue lo que vino después, cuando le dijo, hola.

Apuntó con la pistola a la cabeza. Luego al pecho. Temblaba. El ángel, sin inmutarse, seguía en una esquina. El tono de su piel era bronceado, más cercano al mate de los antillese de la Martinica que al de los negros de Cuba. Entonces volvió a hablar.

–Me llamo Joan. –Fue cuanto necesitó para huir convencido de que se había vuelto loco. Fuera del despacho lo esperaba un destacamento de intervención. No tuvo tiempo siquiera de pensar. Lo acostaron en una camilla y tras sedarlo, perdió la noción del tiempo, del espacio, de la vida.

Transcurrieron más de doce horas hasta que de nuevo fue consciente. Alrededor de las nueve de la noche su médico de cabecera fue a visitarlo. Intercambiaron un par de frases y luego se marchó. El paciente hizo su vida con normalidad hasta la medianoche. El doctor volvió a esa hora y tras verificar las constantes vitales lo animó dar sus primeros pasos.

Estuvieron hablando durante un cuarto de hora, al cabo de los cuales, el doctor se despidió con una frase enigmática.

–Es un hombre con una gran capacidad de recuperación Queremos que siga con nosotros mucho tiempo, su pueblo lo está esperando.

Ahora recordaba estas palabras con amargura y desesperación. Lo asaltaban las dudas. Los temores ante la muerte eran como un cuervo posado en la cornisa de su ventana que no paraba de graznar.

De todo cuanto conocía, lo peor era la incertidumbre, el miedo ante lo desconocido. En silencio, convenía en pensar una y otra vez sobre un hecho tan insólito como la aparición de un ángel. Se trataba de un estado de conciencia alterado en el que las visiones eran frecuentes. –Se dijo a sí mismo.

Luego, alrededor de las cuatro de la madrugada, tuvo un sueño en el que victorioso, hacía su entrada en la Habana. El pueblo cantaba; los vítores y las canciones de gesta se escuchaban por doquier, himnos de alabanza que sabían a certeza y esperanza.

A la mañana siguiente despertó de buen humor. El médico dio su consentimiento para que siguiera trabajando en sus memorias. Deseaba que fueran perfectas. Una ilustración de sus hazañas encuadradas en papel crema con más de mil páginas. Sonrió. Estaba convencido de que era una victoria.

Ocurrieron entonces dos cosas con las que no contaba. El ángel apareció ante él de una manera súbita, tan cerca, que casi pudo tocar sus alas. Acto seguido, tuvo un ataque al corazón y tras un minuto penoso, en el que tuvo que soportar el olor de sus propios excrementos y un agudo dolor en el pecho, falleció el día 25 de noviembre del 2016.

Quedó su alma a solas con el ángel y por primera vez tuvo dudas de si Dios existía o no. ¿Será posible? –Se preguntaba mientras Joan se acercaba a él. Hizo un último esfuerzo por imponer su voluntad. Rogó a Dios un último milagro, con los ojos vidriosos, cargados de esperanza. Joan, en silencio, observaba como el temblor de sus manos se convertía en dolor. Había dos maneras de encontrarse con Dios, Él, había escogido la difícil.

La Habana, una hora más tarde

Mucho tiempo después, cuando los bríos de la juventud habían pasado y quedaba de él, una grotesca caricatura de lo que antaño había sido, lo sorprendió el hecho de la muerte de su hermano.

El golpe hizo temblar las cuadernas de su vida. Durante las primeras horas se le vio vagabundear por la residencia, ajeno a toda responsabilidad, con el semblante desecho y convertido en un dolor; hundido en el whisky.

Furibundo, paseaba sus tristezas a la vista de todos, sin que mediara norma o protocolo alguno, era simplemente el inicio del caos, la guerra declarada desde siempre que venía a encontrarlo al final de la vida, de un modo súbito y cruel.

Delegó sus funciones a un equipo de gobierno y se marchó a cayo Esperanza. Ahí, en medio de la soledad de la playa y vigilado a menos de cien metros por su guardia personal, por fin comenzó a llorar. Esta vez sin el grueso corsé que imponen las normas. A lo lejos, el sol comenzaba a ponerse. Estaba aterrado.

Sigue leyendo en [Kindle Amazon por 2.99€](#) o en Compra el libro  
en papel por 12.99€.

[Ir a AMAZON](#)

Nos vemos online